

Encierros emocionales

Laura Marcela Moreno

Las emociones que invaden, se van hacia cualquier extremo de la habitación. La razón y el sentido parecen ausentarse y solo pueden abrazarse o tocarse las emociones. Unos días las aguas se estancan y la ansiedad reina. No pasa nada, aunque quieras que pase. Las ideas están inmóviles, aunque la rutina quiera obligarte a ser productiva. ¿Tiene sentido escribir por escribir? ¿Hay conocimiento en este vacío estancado? Otros días las aguas se desbordan y tumban todo a su paso, aunque el desborde no es necesariamente bueno. El agua no se puede atajar y redirigir, no es como si pudiera construir un dique, para controlarla y decirle hacia donde ir.

La clase que más me gusta es uno de los pocos eventos que le sigue dando sentido a mi vida, mientras que las demás, con las que conectaba de vez en cuando, ahora están muertas. No hay grises, no hay medios. O amo u odio, o me aburro terriblemente y desespero. Estoy irritable, me enojo, lloro y festejo por cualquier cosa. Pero me entiendo, cualquier cosa es

lo máximo que puede pasar el resto de la semana y hay que exaltarlo para sentir que seguimos vivas y vivos.

Necesito escribir sobre temas serios de importancia académica, pero lo único que puedo escribir son cartas cursis y emocionales de lo que fue. Quiero escribirle a muchas personas, personas que incluso ya no se acuerdan de mí, porque ahora ya no hay un presente o futuro en qué pensar, y lo único que podemos hacer es escarbar ese pasado que alguna vez significó algo, tratando de encontrar ese sentido. Queremos que alguien nos lea para poder existir en un lugar fuera de casa. Quiero escribirle cartas a la calle, al bus y al vendedor ambulante. A la brisa de Cali y al sol del medio día que siempre odié, pero que ahora no recuerdo. Olvidé cómo se sentía sudar por su culpa. Te extraño, Recreativo Norte, a ti y a tus pasajeros bullosos y bochincheros que me hacían sentir conectada con el universo.

Me aterra un mundo sin buses repletos y sin calles amontonadas. O que su existencia implique temor.

Me aterra un mundo sin multitudes con cuerpos que se juntan a pesar del sudor que produce el calor del medio día caleño. ¿Vale la pena una vida donde ya no podemos estar juntos y arrejuntados con desconocidos y desconocidas en un bus urbano lleno o en un concierto repleto? Quisiera que el conductor del bus me leyera y supiera que tal vez es a la única persona a la que podría hablarle de estas banales preocupaciones. Banales. Como si la gente supiera qué le da sentido a la vida de una. Como si no fuera legítimo que la inoperancia del Recreativo me desestabilizara la seguridad ontológica. Hoy, que no tenemos el espacio público, sé cuánto más nos arma y nos construye, y nos muestra lo difícil que es imaginarnos a nosotras y nosotros mismos sin él.

Tengo dolor de todo lo que ya no es. Eso me estanca y me desordena al mismo tiempo, sin pedirme permiso. Ahora el mundo es mi cuarto y estar conmigo no es suficiente. Yo soy en la medida en que soy con otros, esos otros que son personas, son objetos y son ciudades. Nunca lo dudé, pero ahora duele mucho más el nunca haberlo puesto en duda. Yo ya sabía que las respuestas y el sentido se encontraban en cualquier diálogo cotidiano con las y los compañeros. Muchas veces aterrizaba más las lecturas hablando en el almuerzo, o lograba conectar la relevancia de la clase cuando alguien más me contaba cómo eso le hacía sentido y le impactaba la vida. Pero ya no los escucho.

Estamos mudos y ya no queremos hablar, sólo nos escribimos haciendo chistes, mandando memes y stickers por Whatsapp.

No queremos hablar de lo que nos pasa, porque tampoco lo entendemos muy bien. También porque cada uno y cada una, me imagino, intenta seguir como sea porque eso es lo que hay que hacer, ¿no? No quiero agobiar a nadie preguntándole: ¿Qué se sentirá no darle vueltas y vueltas a esta sensación que se llama estar decepcionada de mí todo el tiempo porque ya no puedo escribir como antes? ¿Será que ya se impregnó en las paredes de este cuarto?

Ojalá no me culpara tanto por no poder seguir como se debe seguir, aunque me sienta carente de todo lo conocido y aunque que mi alma, igual que mi cerveza, ya está acabada. Este texto ha sido un intento de dejar de flagelarme e intentar fluir sin miedo, como siempre me enseñan los buseteros. Aunque siga fallando un poco, escribir lo que quiero escribir y no lo que debo, da un poco de paz en esta cabeza dispersa y desordenada: encerrada.

Laura Marcela Moreno

Buscadora embolatada. Curiosa y descachalandrada. Cientista social de lo urbano y lo emocional.